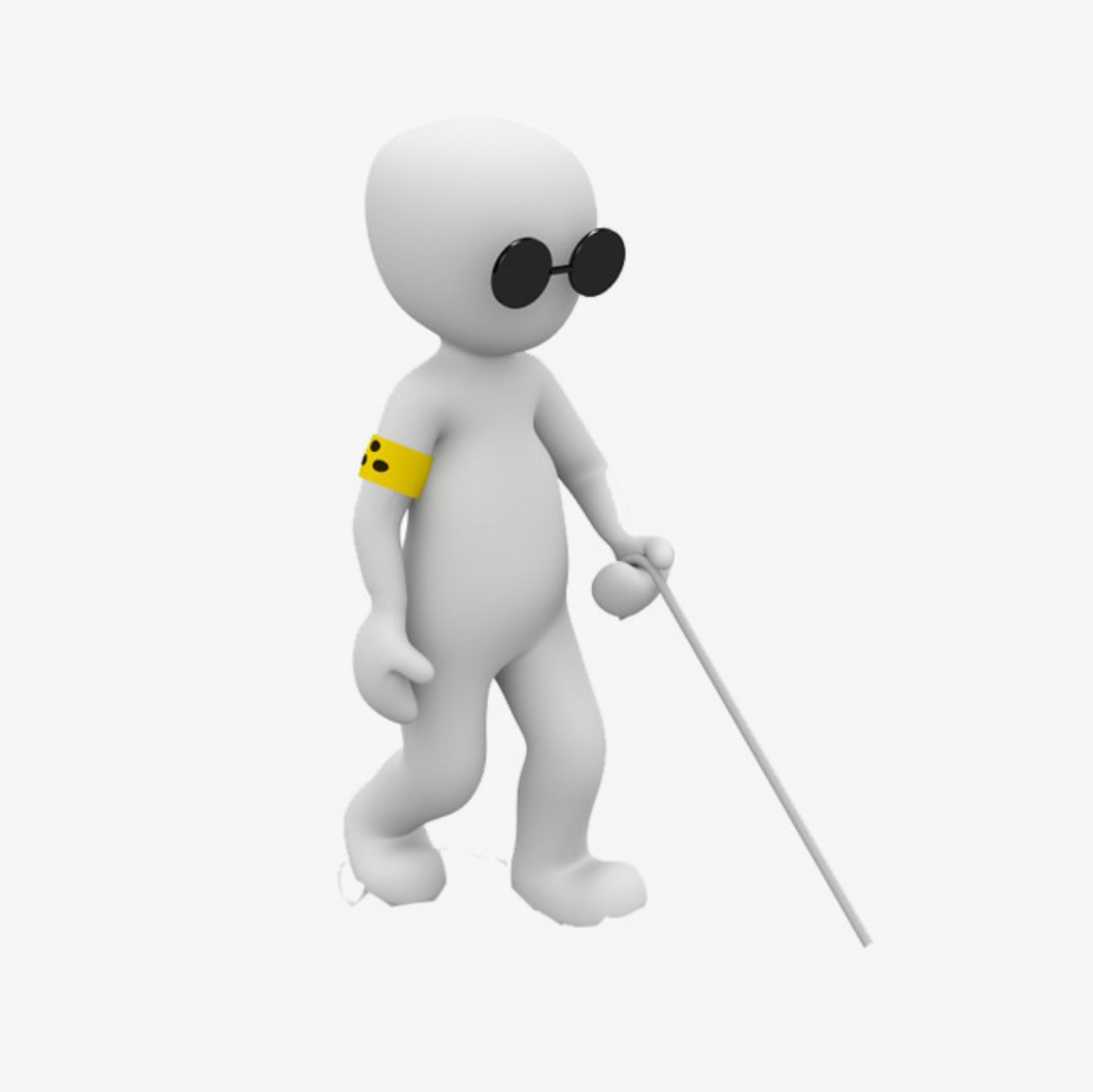
12 días en la vida de mi amigo Pablo

Jordi Martí



Capítulo 1

Un día en transporte público puede resultar de lo más sencillo en la vida de una persona normal, pero para mi gran amigo Pablo Feixó y para mí, cada trasbordo, validación de viaje y espera en los andenes se pueden trabar mucho.

Pablo es ciego, y necesita de mi ayuda todos los días, desde que se levanta hasta que se acuesta. Tengo que ayudarle a salir de casa para que no se caiga por las escaleras, ya que nuestro bloque de pisos es antiguo y no tiene ascensor; acompañarle a hacer la compra al supermercado, y sobre todo, lo que más le cuesta, ir en transporte público.

Un día normal, como cualquier otro, Pablo se levanta a las nueve de la mañana, se pone sus zapatillas desgastadas de andar por casa, va a la cocina a tientas, se prepara un café, y mientras se lo bebe me cuenta qué ha soñado.

-Hoy soñé con María, mi mujer, ya sabes.-comenzaba a decirme todas las mañanas.

María era aquella persona especial que se enamoró de él y que le ayudó a llevar su ceguera como si fuera una bendición. Al menos hasta que un día, sus preciosos ojos castaños, que despedían una mirada cargada de bondad; se apagaron.

-Soñé que la podía abrazar todo el día, y lo que más me ha gustado del sueño de esta noche, es que hoy no he visto su pelo ni sus orejas; hoy he podido ver su sonrisa.

Miré a mi amigo y vi como se le caía una lágrima de alegría y tristeza mezcladas por la mejilla. Me levanté y le di todo el apoyo que podía darle desde mi posición.

Una vez hubieramos desayunado, nos levantamos y salimos de la cocina, yo siempre guiándole por todos lados para que no tuviera ningún percance.

Cuando ya nos encontrábamos listos para salir a comprar el pan como todas las mañanas, sonó el teléfono fijo y Pablo lo descolgó.

-Buenos días, ¿dígame?

Se oía una voz un tanto metálica a través del interfono y aunque no se entendía muy bien lo que decían al otro lado de la línea, yo sabía que no

podían ser buenas noticias por el semblante que marcaba mi amigo.

Cuando colgó el aparato, se dirigió a mi con una seriedad que no estaba acostumbrado a ver. Aquí venían las malas noticias.

-Me ha caducado la invalidez por un fallo del sistema, o algo así me han dicho. Tenemos que ir antes de que cierren a Nuevos Ministerios a que me arreglen este fallo, así que hay un cambio de planes.

Bajamos las escaleras con mucho cuidado, despacio y pisando bien cada peldaño. Al salir del portal nos dirigimos a la parada de autobús que nos llevaría desde Pozuelo hasta Moncloa. Llegó el autobús y ahí llegaba el segundo problema del día.

En el sitio que hay justo detrás de la cabina del conductor había dos señoras hablando entre ellas, quiero pensar que sin percatarse de que estaban ocupando unos sitios reservados para gente como mi amigo Pablo, ya que le era prácticamente imposible sentarse en un asiento que no fuera ese sin caerse.

Sutilmente me acerqué a ellas, y cuando me vieron a mi y a Pablo tardaron unos segundos en reaccionar y sentarse en otros asientos que habían quedado libres más atrás. Primero pasé yo y luego mi amigo, y fue un viaje medianamente placentero hasta Moncloa.

Ya en la dársena nos preparamos para salir. Primero tuvimos que esperar a que se vaciará el autobús para que la gente que salía apurada de él no nos arrollase. Cuando bajamos el último escalón del vehículo, me dirijí y guié instintivamente a Pablo hacia el ascensor que nos llevaba un piso más abajo, piso en el cual podríamos coger el Metro hacia nuestro destino.

En el metro siempre nos tenemos que poner en el último vagón de todos, ya que es el que mejor está habilitado para gente invidente y el único el que cabemos sin tener que pisar ni molestar a nadie. Había un asiento libre, así que le indiqué que se sentara para los quince o veinte minutos que dura el viaje, aunque a mí siempre se me pasan como si fueran años enteros.

En la salida del tren se produce siempre la misma historia que al salir del autobús. Primero tengo que dejar que pasen los demás y luego debo guiar a mi amigo hasta el ascensor, que en este caso estaba averiado, según nos dijo un operario que estaba tratando de arreglarlo.

De esta manera nos vimos obligados a subir por las escaleras mecánicas. Lo cierto es que tengo un poco de miedo a las escaleras mecánicas porque siento que me voy a caer, así que siempre procuro evitar en la medida de

lo posible subir por las escaleras.

-Esperanza, me gustaría comer algo antes de ir al Ministerio, así que, por favor, llévame a alguna cafetería que haya fuera del metro y a ver si nos podemos sentar en la terraza, que hoy hace un día maravilloso.

Salimos a paso moderado del metro, esquivando a la gente; o más bien siendo equivados por la gente; y una vez fuera, busco la cafetería más cercana que hay, aunque en realidad es por que pablo y yo hemos ido alguna vez ya y me sé el camino de memoria.

Él se pidió un café con leche y una tostada de jamón con tomate, y a mí me trajeron un poco de agua.

Mientras estábamos tomando nuestro segundo desayuno del día, mi amigo empezó a contarme cómo recordaba a su mujer y su antigua vida.

-María era realmente fantástica,¿sabes? Era una persona con un corazón que no le cabía en el pecho.¿Te imaginas enamorarte de un pobre chico que no es capaz de ver lo preciosa que eres y lo guapa que estás siempre que sales con él? Aún así yo sabía que era preciosa, sabía que tenía los ojos más bonitos del mundo, la sonrisa más luminosa del universo, y sé que me quería como nadie me ha querido y nadie me va a querer en mi vida. La echo de menos Esperanza, no sabes cuánto. La vida era mucho más fácil y feliz con ella, pero por culpa de ser ciego la perdí. Si aquel día no me hubiera acompañado, no le habrían...

Sollozos. Mi amigo Pablo había empezado a llorar. Se nota que maría era toda su vida y se nota cuánto le necesita. Vi como se limpiaba con su pañuelo de bolsillo las lágrimas y se sonaba la nariz para aclararse un poco las ideas.

-... no le habrían atropellado al mirar la calle por mí.

Pasaron unos veinticinco minutos más en los que el silencio se volvía cada vez menos tenso, hasta que me dijo que nos íbamos ya al Ministerio a solucionar los asuntos por los que habíamos venido. Dejó dos euros con veinte céntimos encima de la mesa de la terraza y nos fuimos andando a paso lento hacia el edificio que estaba a dos manzanas.

Cuando llegamos tuvimos que pasar un control de seguridad rutinario en el que nos cachearon y pasamos por una especie de puerta metálica que le sonó a Pablo.

-Perdona, soy ciego y la verdad no sé si llevo algo de metal, excepto el bastón no sé que es de metal y qué de imitación.

-No se preocupe señor, si necesita algún tipo de ayuda solo diganoslo y haremos lo que esté en nuestras manos.- le contestó el guardia.

Tuvimos que subir unos dos o tres pisos en ascensor que se me hizo un poco largo, ya que no paraba de subir gente y bajar a cada piso que pasábamos. Cuando se abrió la puerta del ascensor nos encontramos con un rellano muy amplio lleno de mesas con gente hablando por teléfono, con una larga cola esperando a coger un número de un dispensador, y de nuevo, varios guardias.

Nos colocamos en la cola y media hora después conseguimos un número. Nos sentamos en el extremo de un banco que había libre de los muchos que se habían dispuesto para todas aquellas personas que debían esperar como lo haríamos nosotros por tres horas.

¡Apareció nuestro número en la pantalla de televisión!

Nos acercamos a la mesa donde nos espera una señora de mediana edad, pelo rubio teñido, los labios pintados de un rojo un tanto llamativo.

-Buenos días señor, ¿qué desea?

-Buenos días, me han llamado esta mañana porque al parecer se ha caducado mi condición de invalidez por un fallo en su sistema. Verá, yo soy ciego y la verdad es que sin la invalidez no podría hacer mucho. Me quitarían la pensión y no podría permitirme trabajar para conseguir dinero y pagarme la casa.

Vengo para ver si hay alguna posibilidad de que se arregle este tema.

Y sí, despues de veinte minutos gestionando programas informáticos, al fin se arregló el problema por el que habíamos tenido que recorrernos medio Madrid.

Hicimos el recorrido de vuelta a casa para estar a las cuatro de la tarde aproximadamente y comer. Por la tarde salimos a dar un paseo al parque que tenemos justo debajo de casa y donde ya hemos hecho muchos amigos, a base de ir todos los días a tomar nuestras dos horas de Sol y aire diarios.

Hoy ha sido un día ajetreado, no os voy a mentir, pero tampoco es el peor que hayamos vivido juntos. Ahora vamos a cenar y nos dormiremos para mañana empezar el día con buen pie.